



Andes

ISSN: 0327-1676

saramata@unsa.edu.ar

Universidad Nacional de Salta
Argentina

Adorno, Rolena
La pertinencia de los estudios coloniales para el nuevo milenio
Andes, núm. 11, 2000
Universidad Nacional de Salta
Salta, Argentina

Available in: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=12701102>

- How to cite
- Complete issue
- More information about this article
- Journal's homepage in redalyc.org

redalyc.org

Scientific Information System

Network of Scientific Journals from Latin America, the Caribbean, Spain and Portugal

Non-profit academic project, developed under the open access initiative

“LA PERTINENCIA DE LOS ESTUDIOS COLONIALES PARA EL NUEVO MILENIO”¹

Rolena Adorno
Yale University

Resumen

¿Por qué discutir estudios coloniales en Argentina? Para responder a esta pregunta, planteo la hipótesis de que las inmigraciones y migraciones actuales justifican y fomentan el interés por lo colonial; es decir, que la situación colonial, paradigmática, del que por razones económicas se traslada a otra parte, sea por la fuerza de armas o sin ella, se reproduce hoy en día en muchas de sus variantes. Estas repeticiones y transformaciones, a su vez, estimulan la mirada hacia atrás a los sujetos forasteros de antaño -conquistadores, aventureros, indios mitayos o esclavos. La proliferación de relatos que toman como objeto la colonia revela un interés que va mucho más allá de la especulación erudita, la historia popular o la ficción; existe una verdadera pasión por lo colonial porque presenta un paradigma desde el cual postular todas las variantes del colonialismo (interior, exterior, neo- y post-) que existen en el día de hoy.

Palabras claves: colonialismo, postcolonialismo, migración, inmigración, ficción, narrativa, relatos históricos, falsificaciones, El Inca Garcilaso de la Vega, Blas Valera, Guaman Poma de Ayala, Gonzalo Guerrero, Pocajontas.

Abstract

Why devote oneself to colonial studies in Argentina? To respond to this question, I forward the hypothesis that current migrations and immigrations justify and foment interest in the colonial phenomenon; that is, that the paradigmatic colonial situation of the experience of moving from one place to another for economic reasons, be it or not under the force of arms, is reproduced today in many of its variants. These repetitions and transformations, in turn, stimulate the look back to the sojourner subjects of long ago-conquistadors, adventurers, tributary Indians or slaves. Furthermore, the proliferation of accounts that take as their object the colonial period reveals an interest much deeper than that of erudite speculation, popular history, or fiction; there exists a real passion for the colonial because it represents a paradigm from which to contemplate all the variants of colonialism (internal, external, neo- and post-) that exist today.

¹ Una versión preliminar de este trabajo se leyó como conferencia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires y la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Salta, Salta Argentina, los días 23 de mayo y 5 de junio de 2000, respectivamente.

Key words: colonialism, postcolonialism, migration, immigration, fiction, narrative, historical accounts, forgeries, El Inca Garcilaso de la Vega, Blas Valera, Guaman Poma de Ayala, Gonzalo Guerrero, Pocahontas.

¿Por qué discutir estudios coloniales en Argentina? Hago esta pregunta con una conciencia doble: en primer lugar, me doy cuenta de que los estudios coloniales no han tenido en Argentina el desarrollo que han tenido en México y en el Perú. Por otro lado, reconozco que entre los fundadores en el siglo XIX del estudio de la literatura colonial, y también en su despliegue en el siglo XX, críticos e historiadores literarios argentinos han ocupado lugares claves². Obviamente el establecimiento de los dos grandes virreinos

² Me refiero, para nombrar sólo a dos, a Juan María Gutiérrez en los 1840s con su América poética y Escritos coloniales americanos y a Enrique Anderson Imbert, en su Historia de la literatura hispanoamericana de 1954 y su antología e introducción a la literatura hispanoamericana, con Eugenio Florit de 1960. Gutiérrez ubicó en la épica colonial, en concreto en su edición y estudio del Arauco domado de Pedro de Oña, la fundación de una tradición americana (ver Roberto González Echevarría, "A brief history of the history of Spanish American literature", en Cambridge History of Latin American Literature, ed. Roberto González Echevarría y Enrique Pupo-Walker [Cambridge, England, 1996], 1: 16-17). Identificó el gran valor de la obra de Oña no en el terreno estético--el arte por el arte--sino en la posibilidad de extraer de aquellas obras primitivas datos y fuentes para acercarse a la experiencia histórica de Chile, para saborear sus particularidades y buscar en ellas una "autenticidad americana". Aunque en este nuevo milenio su nacionalismo romántico parece pertenecer a un gabinete de curiosidades, su modernidad consiste precisamente en enlazar lo literario y lo político. En su defensa apasionada del americanismo poético (y de la literatura colonial), Gutiérrez nos da una de las pistas del porqué de los estudios coloniales: es allí donde trazó, entre 1840 y 1850, la coyuntura literatura/política que ocupa hoy en día a los más destacados críticos literarios latinoamericanos.

Un siglo más tarde, encontramos a Anderson Imbert en la vanguardia de las conceptualizaciones de la literatura latinoamericana en su Historia de la literatura hispanoamericana y en la antología de literatura hispanoamericana que sacó con Eugenio Florit en 1960. A diferencia, por ejemplo, de su contemporáneo Pedro Henríquez Ureña, quien organizó su indagación alrededor de la búsqueda de la identidad cultural, Anderson Imbert se concentró en documentar las instancias mayores y menores de la expresión estética (González Echevarría 26). Con este criterio comenzó su antología con una muestra de las "literaturas" indígenas precolombinas, documentando y comentando textos narrativos, épicos y líricos que se caracterizaban por su uso de la palabra con "dignas funciones expresivas" (Enrique Anderson Imbert y Eugenio Florit, Literatura hispanoamericana: antología e introducción histórica [1960], Edición revisada [Chicago, 1988], 2).

Por otra parte, el proyecto de Anderson Imbert era de suma importancia--de nuevo al nivel latinoamericano más allá de las naciones individuales--al establecer la permanencia de los escritos de la época colonial en el canon literario latinoamericano. Anderson Imbert dio apertura a los nuevos estudios coloniales en su concepción de la historia literaria como el conjunto de la función literaria con la histórica: "En vez de abstraer por un lado las obras producidas y, por otro, las circunstancias en que se produjeron, tal historia las integraría dentro de la existencia concreta de los escritores" (Enrique Anderson Imbert, Historia de la literatura hispanoamericana [México, 1954], 7). (González Echevarría [27] señala, sin embargo, que esa síntesis de "texto y contexto" la realiza Anderson Imbert sólo esporádicamente.)

En cuanto a los primeros historiadores de la literatura argentina que incorporaron la producción literaria de la colonia en su enmarque cronológico, se destacan Julio Leguizamón (1945), Ricardo Rojas (1948) y José Juan Arrieta (1958). Para contribuciones particulares de la segunda mitad del siglo XX, podemos pensar en la edición de los Comentarios reales del Inca Garcilaso de la Vega de Ángel Rosenblatt, los estudios de Alberto Salas sobre cronistas-historiadores de Indias y sobre mestizaje y muy particularmente los del paraguayo-argentino Marcos Morínigo, en su amplia labor filológica, su edición, con Isaias Lerner, de La araucana (1983) y su estudio monográfico transatlántico, América en el teatro de Lope de Vega (1946).

sobre las sedes urbanas de los imperios azteca e incaico, sobre grandes poblaciones autóctonas sedentarias y con fuentes de riqueza minera y prosperidad económica, tenía mucho que ver con el desenvolvimiento en aquellas tierras de una rica cultura literaria colonial, sobre todo barroca.

Argentina, en cambio, se asocia con la modernidad. Quien conozca mínimamente la riqueza y la complejidad de la literatura argentina de los siglos XIX y XX no habrá leído los pocos textos sobre Argentina que se publicaron a principios del siglo XVIII³. Y no nos sorprende que alguna u otra historia de la literatura argentina de muchos tomos reúna en un solo tomo los escritos de tres siglos coloniales (1536-1810), pero que reparta por períodos de una década o poco más, en los tomos siguientes, los escritos de los siglos XIX y XX⁴. Tal proyecto testimonia una vez más la importancia de la literatura argentina moderna.

Quiero plantear aquí algo que compagina con nuestra pasión por el presente. Quiero pensar en migraciones e inmigraciones, en ficciones y falsificaciones. Mi hipótesis es que las inmigraciones al exterior y las migraciones internas definen la experiencia y el legado coloniales y producen variantes significativas hasta el presente. Me explico: el colonizador, antes de ser dueño de nuevas tierras, es en primer lugar inmigrante. Me refiero igualmente a las colonizaciones precolombinas, entre los pueblos americanos, como a las colonizaciones europeas en todas partes del mundo. Así el inmigrante colonizador es el azteca, que llega del norte a las tierras de Aztlán (México); el Inca, que termina sus peregrinaciones andinas al clavar en la tierra una barra de oro; y el castellano o el andaluz que emigra a las islas antillanas o a México, Perú, Nueva Granada o Río de la Plata. Las

³ Pienso en el arcediano español Martín del Barco Centenera y su Argentina y conquista de Río de la Plata (1602), en la obra del primer cronista del Río de la Plata, el mestizo español/guaraní Ruy Díaz de Guzmán (1612), y en el obispo Reginaldo de Lizárraga y su “Descripción breve de toda la tierra del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile” (1595-1607).

⁴ Se puede mencionar, por ejemplo, la Historia Social de la Literatura Argentina, dirigida por David Viñas.

historias de los imperios tanto como sus mitos, como acabamos de ver, se basan en migraciones y inmigraciones.

El colonizador es clásicamente el migrante, sea en tiempos precolombinos o coloniales españoles. La movilización de poblaciones internas al imperio definió al Incaio, donde comunidades enteras fueron enviadas a vivir fuera de su lugar de origen para cultivar tierras vacías o para convertir en súbditos del Inca pueblos recién conquistados. En tiempos de la colonización española, la migración forzada del colonizado era clave, sobre todo por las necesidades de la producción minera. En la larga zona andina, el mitmaq incásico se convirtió en forastero colonial. Esta fue la experiencia, por ejemplo, de Felipe Guaman Poma de Ayala, y su deseo de ocultarla tanto en sus escritos jurídicos como en los cronísticos revela el impacto negativo de tal identificación⁵. La proliferación de términos—"forastero originario", "forastero revisitado", "forastero advenedizo"— para clasificar distintos tipos de sujetos testimonia la importancia del fenómeno.

En nuestra actualidad las migraciones laborales marcan las experiencias repetidas en muchas partes del mundo: desde México, Centroamérica y el Caribe a los Estados Unidos, desde el norte de África al sur de Europa, desde los países menos prósperos de Latinoamérica a Argentina. Al contemplar la situación europea, el demógrafo francés Jean-Claude Chesnais comentó recientemente que "la marcha del sur al norte es inevitable" y señaló el desequilibrio demográfico entre el descenso de la población europea y el aumento anual de veinte millones de personas de la africana. Agregó que la migración laboral de Marruecos a España invierte el movimiento por las fronteras de España; recordó cuando los mismos españoles pasaron sus fronteras para trabajar en Alemania y Argentina⁶. Los conflictos actuales producidos entre los inmigrantes marroquíes y los andaluces del pueblo de El Ejido (Andalucía), se acompañan, en el nivel ideológico, de referencias a otra era histórica; en Marruecos se denuncia hoy las "nuevas cruzadas anti-islámicas de España"⁷. Este es un ejemplo del pasado en el presente que será uno de los temas de esta indagación.

⁵ Rolena Adorno, "La génesis de la Nueva crónica y buen gobierno de Felipe Guaman Poma de Ayala", Taller de letras (Santiago de Chile) 23 (1995): 9-45.

⁶ Roger Cohen, "Europe's Migrant Fears Rend a Spanish Town," New York Times, sección A, páginas 1, 12, Mayo 8, 2000.

⁷ Cohen, p. 12.

Planteo la hipótesis de que las inmigraciones y migraciones actuales justifican y fomentan el interés por lo colonial; es decir, que la situación colonial, paradigmática, del que por razones económicas se traslada a otra parte, sea por la fuerza de armas o hoy sin ellas, se reproduce hoy en día en muchas de sus variantes. Estas repeticiones y transformaciones, a su vez, estimulan la mirada hacia atrás a los sujetos forasteros de antaño -conquistadores, aventureros, indios mitayos o esclavos.

Ante este hecho, los estudios coloniales universitarios, muy destacados en Estados Unidos antes y después del Quinto Centenario del primer viaje de Colón, y ocasional y recientemente realizados en la Argentina ⁸, son a la vez importantes e insuficientes. La importancia e, insisto, la insuficiencia de las indagaciones eruditas en el campo de los estudios multidisciplinarios coloniales se revelan (esta es la segunda parte de mi hipótesis) en el mundo de la ficción. Quiero decir, en la aparición de nuevas ficciones, sean en forma novelesca o de relatos ficcionales o de la fabricación de manuscritos que se presentan como antiguos. Tomo muy conscientemente la posición de que no importa para mi propósito la separación de los textos que se presentan como ficción de los que se presentan como documentos fidedignos históricos. Al contrario, borrar la línea que los separa fortifica mi hipótesis, que es la siguiente: la proliferación de relatos que toman como objeto la colonia revela un interés que va mucho más allá de la especulación erudita o la ficción. Como este fenómeno aparece en diversos ámbitos y registros, podríamos decir que existe una verdadera pasión por lo colonial porque presenta un paradigma desde el cual postular todas las variantes del colonialismo (interior, exterior, neo- y post-) que existen hoy en día. Esta afición por lo colonial trasciende el mundo de los estudiosos y, por consiguiente, este interés apasionante no se puede satisfacer ni agotar en el mundo de la investigación sino en el de la creación narrativa, sea ésta literaria, popular histórica o pseudo-histórica.

En una primera aproximación, todos nosotros pensamos en las novelas que han escrito sobre temas coloniales autores tan destacados como Antonio Di Benedetto, Abel Posse, Augusto Roa Bastos, Ramón Sender, Miguel Otero Silva, Carlos Fuentes, Homero

⁸ Hemos visto estudios diversos como Los dos ejes de la cruz (1983) de Noé Jitrik y Cautivas y misioneros: Mitos blancos de la conquista (1987) de Cristina Iglesia y Julio Schwartzman. Actualmente el interés por la colonia abarca proyectos de erudición y de crítica literaria como la edición crítica y estudio de Argentina y conquista del Río de la Plata de Barco Centenera de Silvia Tieffemberg (1998) y la tesis doctoral del Elena Altuna, "El discurso colonialista de los viajeros (siglos XVII y XVIII)" (Universidad Nacional de Salta, 2000).

Aridjis, Alejo Carpentier, Reinaldo Arenas, Antonio Benítez Rojo, etcetera⁹. Todos ofrecen un conjunto de meditaciones críticas que reevalúan la historia y la cultura latinoamericanas a partir de sus reflexiones sobre la conquista y la colonia.

Aunque parezca una falta de respeto pasar sumariamente sobre este corpus literario, lo hago en favor del argumento que quiero desarrollar, aunque gran parte de lo que postulo se puede aplicar también a estos textos canónicos. Las nuevas ficciones que quiero considerar para echar luz sobre el interés actual por lo colonial son de otro tipo, algunas quizás menos canonizables, aunque todas deseosas de tal reconocimiento.

Tomo como ejemplo la serie “Narrativas Históricas”, comisionada y dedicada a la ficcionalización de temas históricos, de la Editorial Sudamericana. La serie tiene ya un número de títulos que abarcan no sólo la época colonial sino también la independentista y la republicana. El título que me interesa es la novela El cronista perdido: la historia oculta de Francisco Pizarro y la conquista del Perú (Buenos Aires, 1998) del joven peruano-argentino Hugo Müller. Repaso brevemente su contenido porque es un relato cuya pertinencia será evidente más adelante. Se trata de un acompañante de Francisco Pizarro en la conquista del Perú, Álvaro Correa, que escribe una historia “que no coincide con la misión evangelizadora” y cuyo relato de “las costumbres cotidianas de sus compañeros y su convivencia con los indios revela el choque cultural inevitable y la mutua e irreductible incompreensión” entre las dos culturas. El protagonista “aprende quechua y se deja cautivar por los secretos sagrados del mundo incaico”; termina decepcionado (por la ejecución de Atahualpa) de la posibilidad de la conciliación entre las dos razas. Pues bien: la búsqueda de los secretos de la otra cultura, cruzando la barrera cultural a través de la otra lengua, y luego rememorando y escribiendo su historia, son los elementos claves que se repetirán con frecuencia.

Otra variante peruanista (lo peruano ocupa un papel destacado en estas reescrituras) es la conferencia/bosquejo-para-una-novela, Poderes secretos (Lima: Jaime Campodónico, 1995) del novelista peruano Miguel Gutiérrez. Aquí se trata no de un escritor ficticio sino de una trama ficticia sobre la vida y el legado de un escritor real. Especulativamente

⁹ Di Benedetto, Zama (1978); Posse, Daimon (1978), Los perros del paraíso (1983), El largo atardecer del caminante (1992); Roa Bastos, Vigilia del Almirante (1992); Sender, La aventura equinocial de Lope de Aguirre (1964); Otero Silva, Lope de Aguirre: Príncipe de la libertad (1979); Fuentes, El naranjo (1993); Aridjis, Vida y tiempos de Juan Cabezón de Castilla (1985), Memorias del Nuevo Mundo (1988); Carpentier, El arpa y la sombra (1979); Arenas, El mundo alucinante (1965); Benítez Rojo, El mar de las lentejas (1979).

Gutiérrez pone en tela de juicio el mito nacional del Inca Garcilaso de la Vega e invierte el paradigma garcilasista. Postula su posición como historiador cooptado por los jesuitas, que le dan una versión censurada de la Historia Occidentalis del jesuita mestizo Blas Valera. Blas Valera, en cambio, es un militante lascasista radical que condena la conquista y empresa colonial. El Garcilaso de Gutiérrez no es el defensor de los indios sino que figura, indirecta pero decididamente, entre sus explotadores; Blas Valera, al contrario, es el abogado heroico del pueblo indígena. Para explicar el estatus emblemático y ejemplar de Garcilaso durante cuatro siglos, Gutiérrez imagina la existencia de sociedades y logias secretas que mantienen el mito de Garcilaso Inca, manipulando y condicionando las acciones de individuos, grupos sociales y estados. La indagación crítica de Gutiérrez no es una novela; significativamente, propone su idea como una novela a escribir: la del Inca Garcilaso, el mestizo traidor de la obra del Blas Valera, traidor de su patria, traidor de sí mismo; la de Blas Valera, el defensor censurado y castigado de los indios.

No es casual encontrar los mismos relatos en el género que voy a llamar “memorias falsas”, que son falsificaciones de supuestos documentos antiguos que jamás existieron. Es decir, no son versiones falsas de documentos auténticos sino que son, en la tipología de Umberto Eco, “falsificaciones ex-nihilo”¹⁰. El primer caso concierne a la figura de un naufrago, bautizado por el historiador Francisco López de Gómara “Gonzalo Guerrero” aunque su nombre, olvidado o recordado mal, era otro. Este personaje posiblemente histórico se quedó en la península de Yucatán cuando pasó por allí Hernán Cortés y su ejército en la primavera de 1519, rumbo a la conquista de México. La figura de Gonzalo Guerrero se recuerda hoy primariamente por la elaboración de su relato por Bernal Díaz del Castillo en su Historia verdadera de la conquista de Nueva España y, en nuestra época, Tzvetan Todorov celebró una vez más su fama en La conquista de América de 1982, como el hombre que cruzó la barrera cultural y se hizo indio, se hizo “el otro”.

Es significativo que todos los cronistas de la conquista de México de los siglos XVI hasta el XVIII--sean españoles, criollos e incluso mestizos indígenas--, han contado diversas versiones de la historia de este naufrago convertido en indio. En los últimos veinte años ha sido objeto de un gran número de textos literarios e interpretativos, entre ellos dos

versiones, completamente contradictorias, de sus supuestas memorias, presentadas no dentro del marco de la ficción burlesca sino como documentos históricos¹¹.

Debo aclarar que el núcleo histórico del relato es el encuentro de Cortés no con él sino con otro náufrago¹², luego el intento de localizar y traer a Gonzalo de vuelta con los españoles y la negativa de éste a regresar. Lo único que se sabe con certidumbre del Gonzalo histórico es su relevante decisión de permanecer entre los mayas.

Las supuestas memorias de Gonzalo Guerrero publicadas en 1975 y 1994 son reveladoras. Las primeras lo pintan como una persona de condiciones humildes y la segunda como un hombre de armas y letras; el primero es el rebelde contra los españoles y capitán militar de los mayas (una de las versiones que ha circulado desde 1536) y el segundo es pacifista y leal a los españoles. El primero, de 1975, es en sí traidor a los españoles y el segundo, de 1994, es pro-español y padre de un hijo mestizo que se rebela contra la colonización española y por consiguiente contra su padre. Si el primero de estos dos Gonzalos es típico de los años 1970s, leal a su nueva patria y su defensor, genera a la vez una familia que se conforma con la imagen clásica de un mestizaje feliz y armonioso. El segundo Gonzalo, de los años noventa, es el que genera con el mestizaje todos sus conflictos y traiciones interiores; es decir, ofrece una conceptualización más actualizada del mestizaje. En ambos casos, como en los anteriores que mencionamos, se destacan tres elementos primordiales: (1) el testimonio o las memorias escritas de un sujeto que (2) es

¹¹ Entre estas publicaciones señalamos Gonzalo de Guerrero, padre del mestizaje iberoamericano del periodista Mario Aguirre Rosas (México, 1975); Gonzalo Guerrero, novela histórica de Eugenio Aguirre (México, 1980), que ganó en 1981 una medalla de plata de la Academia Internacional del Lutece en París; Gonzalo Guerrero, el primer aliado de los mayas de Salomón González-Blanco Garrido (México, 1991); Conquistadores de Yucatán: La desaparición de Gonzalo Guerrero en la serie "Relatos del Nuevo Mundo" publicada por la Sociedad Estatal Quinto Centenario (Madrid, 1992); Historias de la conquista del Mayab, 1511-1697 de Fray Joseph de San Buenaventura, ed. Gabriela Solís Robleda y Pedro Bracamonte y Sosa (Mérida, 1994); y Gonzalo Guerrero, memoria olvidada del periodista Carlos Villa Roiz (México, 1995).

Los libros de Aguirre Rosas y de San Buenaventura pretenden ser las memorias autobiográficas del propio Gonzalo Guerrero, originalmente escritas sobre papel europeo y pieles de venado (Aguirre Rosas 66; San Buenaventura 9; Solís Robleda y Bracamonte y Sosa xiv). Los otros se tratan de ficcionalizaciones en base al personaje histórico; dentro de esta categoría, el libro de González-Blanco Garrido y la versión en caricatura titulada Conquistadores de Yucatán aparentan dirigirse a un público de lectores juveniles. Fuera de México, podemos recordar las reflexiones de Tzvetan Todorov en 1982 acerca de Gonzalo Guerrero en La conquista de América y de Hugh Thomas en Conquest: Montezuma, Cortés, and the Fall of Old Mexico de 1993.

¹² Este es Jerónimo de Aguilar, que llegará a ser, junto con Doña Marina, la Malinche, el equipo de intérpretes (maya-nahuatl-español) que facilitan la conquista de México.

mestizo o blanco pero en todo caso entregado al mestizaje cultural y que (3) sufre una desilusión o una traición a raíz del cruce de barreras culturales.

El último caso que quiero presentar se trata de una falsificación que ha recibido mucho más atención que el caso yucateco y una acogida entusiasta y acrítica en la prensa internacional y en el Internet. Es porque se trata no de una figura mínima y posiblemente inexistente de la historia y de una leyenda de cierto renombre—como lo es Gonzalo Guerrero--sino de las figuras o emblemas máximos del Perú antiguo y colonial, el Inca Garcilaso de la Vega y Felipe Guaman Poma de Ayala.

Tal como en el caso de Poderes secretos del novelista Miguel Gutiérrez, Blas Valera llega a ser el protagonista del asunto. El nuevo manuscrito anónimo, de unas siete páginas, fue “descubierto” en el ropero de la casa de su dueña en Nápoles algunos años atrás y ha sido publicado tres veces en Italia¹³. En sus pocas páginas, pone al revés la historia de la conquista y colonización del Perú, invirtiendo una vez más el paradigma nacional peruano. Veamos en breve sus aseveraciones: primero, el supuesto envenenamiento de los guardias de Atahualpa por Francisco Pizarro; segundo, el relato sensacional de la vida del padre mestizo Blas Valera más allá del año documentado de su muerte de 1597 hasta 1619; tercero, el anuncio de la existencia de los “quipus literarios” secretos junto con la traducción del contenido del tan novedoso “quipu real o literario”¹⁴; y cuarto, la noticia de una “conjura” por parte de tres jesuitas, Juan Anello Oliva, Blas Valera y Gonzalo Ruiz, con el indio lucano Felipe Guaman Poma de Ayala. De esta conjura, asevera el manuscrito napolitano, resultó la “verdadera obra” de Blas Valera, la Nueva corónica y buen gobierno, firmada, sin embargo, por Felipe Guaman Poma¹⁵.

¹³ Animato, Carlo, Paolo A. Rossi, Clara Miccinelli, Quipu: Il nodo parlante dei misteriosi Incas (Génova: ECIG, 1989); Laura Laurencich Minelli, Clara Miccinelli y Carlo Animato. "Il documento seicentesco Historia et Rudimenta Linguae Piruanorum", Studi e Materiali di Storia delle Religioni (Roma) 61 (1995/96), num. 19 (2): 363-413; Clara Miccinelli y Carlo Animato, Quipu: Il nodo parlante dei misteriosi Incas (Génova, ECIG, 1998).

¹⁴ El mismo texto coincidentalmente aparece como el canto “Sumac Ñusta” en los Comentarios reales del Inca Garcilaso (Primera parte, lib. 2, cap. 27).

¹⁵ Sobre la falsidad del manuscrito napolitano, ver Juan Carlos Estenssoro, "Historia de un fraude o fraude histórico?, Sí (Lima), núm. 500 (28 de octubre de 1996): 48-53; Jesús Bustamante García, "Falsificación y revisión histórica: informe sobre un supuesto nuevo texto colonial andino", Revista de Indias 57, núm. 210 (1997): 563-78; Rolena

Es significativo que, de todas las aseveraciones hechas en dicho manuscrito, la prensa y el público en general hayan centrado su interés casi exclusivamente en Guaman Poma y la autoría de la Nueva corónica¹⁶. Se trataría de borrar a Guaman Poma y al Inca Garcilaso como emblemas máximos de la creatividad indígena y mestiza de la cultura colonial del Perú para sustituirlo por Blas Valera. El que queda en el escenario es el mestizo, pero no el aristocrático de ascendencia incaica (El Inca Garcilaso), sino de los chachapoyas, soldados expertos del Inca¹⁷. Este es un Blas Valera revisionista: gran conocedor del Perú antiguo, radicalmente anti-español, castigado por su orden, exiliado de su patria, traicionado por el Inca Garcilaso de la Vega. Es el Blas Valera “New Age”: el dux populi del pueblo andino que anticipa un nuevo orden universal utópico y un sincretismo religioso en el cual la religión incaica sobreviviría al lado de, e integrada con, la cristiana¹⁸. Iconoclasta, subversivo y carismático, el nuevo Blas Valera presenta una

Adorno, "Criterios de comprobación: el manuscrito Miccinelli de Nápoles y las crónicas de la conquista del Perú". Anthropologica (Lima) 16 (1998): 369-94 y Xavier Albó, S.J., "La Nueva corónica y buen gobierno: obra de Guaman Poma o de jesuitas?", Anthropologica (Lima) 16 (1998): 307-48; Juan M. Ossio, "Nota sobre el Coloquio Internacional "Guaman Poma de Ayala y Blas Valera: tradición andina e historia colonial". Instituto Italo-Latinoamericano, Roma, 29-30 de setiembre de 1999," Colonial Latin American Review 9: 1 (2000): 113-16.

¹⁶ Veamos los titulares que salieron en la prensa limeña: “El gran destape? Serias dudas amenazan autoría de la “Nueva crónica y buen gobierno” de Guamán Poma de Ayala” (Somos, el suplemento a El Comercio, el 15 de junio de 1996), “Guamán Poma sólo fue ‘hombre biombo’” (El Comercio el 29 de junio de 1996), “Huamán Poma y Blas Valera: La falsificación de una obra y la vida oculta de un cronista” (Expreso el 2 de julio de 1996), “Manuscrito sobre autoría de ‘Nueva crónica,’ Posibilidades de una investigación seria” (El Comercio, el 5 de julio de 1996), “Quién es Guamán Poma?” (El Sol, el 8 de julio de 1996), “La dama del manuscrito: Italiana Laura Laurencich atiza la polémica: Guamán Poma podría no haber escrito la Nueva Crónica” (Somos de El Comercio el 3 de agosto de 1996) y, para brindar las fiestas navideñas, “Según manuscrito descubierto por historiadora italiana, Pizarro envenenó con arsénico a Atahualpa” (Expreso, el 25 de diciembre de 1996).

¹⁷ Los chachapoyas eran un grupo étnico y posiblemente lingüístico de las zonas montañosas orientales y las amazónicas occidentales del norte del Perú actual (Frank Salomon, Native Lords of Quito in the Age of the Incas: The Political Economy of North Andean Chiefdoms [Cambridge, England],158). No habían sido conquistados por los Incas hasta el reinado del Inca Huayna Capac; por el Inca fueron enviados como mitmaqkuna al área de Quito donde se encontraban asentados durante la conquista española (John Hemming, The Conquest of the Incas [New York, 1970], 159, 247-48). Inmediatamente a la llegada de los españoles se integraron a las fuerzas reales como "soldados modernos," (Felipe Guaman Poma de Ayala, Nueva corónica y buen gobierno, ed. John V. Murra y Rolena Adorno [México, 1980], 3:1138), quizás continuando el mismo tipo de rol social que habían desempeñado durante la era incaica

¹⁸ Rolena Adorno, "El mestizaje subversivo" en una entrevista con Rossana Barragán, "La polémica sobre Guamán Poma de Ayala y su Nueva Corónica", La Razón (La Paz), 31 de enero de 1999, 5, reproducida en Rossana Barragán, "Una polémica mundial: Fue Guamán Poma o un jesuita?" Tinkazos: revista boliviana de ciencias sociales 3 (1999): 89-102.

alternativa radical al peso canónico y aristocrático del mestizo Inca Garcilaso y las pretensiones de abolengo yarovilca que expresa Guaman Poma. A semejanza del hijo de Gonzalo Guerrero de la versión de sus "memorias" de 1994, este Blas Valera es el nuevo mestizo, descendiente militante de guerreros--en ese caso, de los mayas yucatecas, en éste, de los chachapoyas andinos.

En todos estos casos, sea quien sea el protagonista y sea cual sea su modo de representación, ficcional o documental, se trata de personajes que responden a los deseos y a las expectativas actuales. Así, los relatos que los presentan no intentan recrear los personajes históricos ni imaginan cómo serían; no representan la historia ni a través suyo se la reescribe. Son ensayos que nos hacen preguntar: ¿Qué haríamos (o qué hacemos) nosotros hoy, en nuestras circunstancias (es decir, sabiendo todo lo que ellos no pudieron haber sabido), enfrentándonos a los mismos retos? Ensayos a la Todorov de La conquista de América: la cuestión del otro, pero ensayos dramatizados y en primera persona.

En efecto, creo que es Todorov y el vasto impacto de su ensayo que se vislumbran en estas nuevas ficcionalizaciones. Fue él, más que ningún otro, que subrayó la actualidad de los conflictos violentos coloniales al hacer la pregunta: ¿Tenemos que cambiar una sociedad de sacrificios por una sociedad de masacres?¹⁹ Y puso carne y huesos al ideario filosófico sobre la alteridad, aprovechándose no casualmente de los testimonios y los relatos surgidos a raíz del primer imperialismo europeo de la época moderna. Demostró el valor paradigmático de los núcleos de experiencia histórica y cultural colonial española. Y no hay mayor testimonio, en mi país, de ese valor paradigmático, que el apuro con que los programas de literatura inglesa y comparada, y los programas de estudios culturales, incluyen y se apropian de estos españoles, criollos, mestizos e indígenas ambulantes que andan por las páginas de las crónicas de Indias.

Me gustaría insistir, sin embargo, en una diferencia crucial entre la historia y el pasado en relación con el presente. La pertinencia de los estudios coloniales y las recreaciones de lo colonial no residen, insisto, en su carácter histórico porque ese criterio no es abarcador: la historia imperial y la historia nacional, por ejemplo, pertenecen a distintos grupos. Tu historia nacional no es la mía; eres heredero de otra historia imperial,

¹⁹ Tzvetan Todorov, The Conquest of America: The Question of the Other [1982], traducido por Richard Howard (New York: Harper and Row, 1985), 253.

no la que a mí me identifica, etcétera. Cambiemos de categorías, pasando de las historias imperiales y nacionales al concepto del pasado, el pasado concebido como una dimensión fundamental de la existencia y así compartido por toda la colectividad humana. La noción del pasado evita el problema de la historia, que canoniza las exclusiones; el pasado, en cambio es amorfo; incluye, no excluye.

Me nutro para esta reflexión en indagaciones como la de Eric Wolf y la de David Lowenthal²⁰. La noción del pueblo sin historia destaca el carácter de la historia como una construcción particular occidental. Al evocar la idea de que sea el pasado un país extranjero se revela de inmediato su carácter presentista: el país extranjero existe en otro lugar pero no en otro tiempo sino en el nuestro: "El pasado es omnipresente" Lowenthal (xv) dice, en el imaginario actual, en la memoria, en reliquias y artefactos, en tradiciones conservadas. En su Poderes secretos Miguel Gutiérrez (31) rechaza efectivamente la constructividad de la historia y se apropia de la presencia paradójica del pasado al comentar su proyecto de la novela posible sobre Garcilaso y Blas Valera:

No soy especialmente apasionado de la novela histórica—lo que en realidad me interesa es la historia como dimensión de la existencia humana y como sedimento de la conciencia de los individuos y las colectividades—y me temo que en la especie "novela histórica" se pone el acento en el segundo término, y se le exige al narrador la erudición y gravedad del historiador cuando lo esencial es el término novela, es decir una ficción asumida de manera consciente que, aparte de utilizar como materia el pasado para su permanente exploración de la condición humana, echa mano de todos los recursos del género para entretener y cautivar al lector.

Los ejemplos narrativos que acabamos de ver no recrean ni imaginan la historia--decididamente no la historia--sino el pasado. El pasado--esa conceptualización de los tiempos pretéritos no institucionalizada, no canonizada-- visto y palpado desde un presente que, desde luego, parece ser siempre más multifacético y complejo que los tiempos perdidos. Nuestras formas de tomar en cuenta (o no) la historia al imaginar el pasado nos

²⁰ Eric Wolf, Europe and the Peoples without History (Berkeley: University of California, 1982); David Lowenthal, The Past is a Foreign Country (Cambridge: Cambridge University Press, 1985).

permite otorgarle alternativas claras, obligaciones evidentes, inclusiones en vez de exclusiones. El pasado nos libera de la historia.

Otro elemento liberador de la historia: la lengua, la escritura, las memorias. Cada uno de los casos que tocamos cuentan, directa o indirectamente, su propio relato: directamente en el caso del soldado humilde de la pluma de Hugo Müller y en los de los Gonzalo Guerreros, indirectamente en los casos de Blas Valera, tanto en el manuscrito napolitano falsificado como en el proyecto novelístico del escritor peruano²¹. O sea, han trascendido el modelo de Todorov, donde la víctima tomaba prioridad (“Dedico este libro a la mujer maya devorada por perros españoles”); ahora lo principal es el agente, el protagonista, el testigo (y héroe) de su propia historia. Si el poder es el arma en la guerra sobre la historia (recuerden los pueblos sin historia de Wolf), vemos en las nuevas ficciones cómo la lengua es el arma en la guerra sobre el pasado.

Quiero terminar señalando en relación con mi idea del pasado y la lengua, el eje de estos relatos que consiste en el cruce de las lenguas y las culturas. Permítanme tomar un ejemplo de la cultura masiva (Walt Disney, 1994) de mi propio país para demostrar la importancia de las mezclas culturales, de lengua y de raza, en estas reflexiones sobre el presente que toman como escenario la situación colonial. Esta imagen sigue siendo Pocajontas, la hija adolescente del jefe de los Powjotan que salvó la vida a John Smith, y por consiguiente a la colonia inglesa de Jamestown, de la venganza de los indios salvajes. Es, en la producción cinematográfica, una Pocajontas ecológica, preocupada por la destrucción desenfrenada de la tierra por los invasores ingleses en busca de oro. Le salva la vida a John Smith (1607) y la película termina con la partida de Smith de Virginia (1609)²².

Lo significativo de cerrar la película con la partida de Smith es que así Disney evita representar, en su versión angloamericana del colonialismo británico, los episodios reales de la historia de Pocajontas que son--así resulta ser--elementos clásicos que se identifican típicamente con el colonialismo español americano: el cautiverio de la joven, su conversión al cristianismo, su matrimonio con un inglés, y su breve vida y muerte en Inglaterra, donde se la llevan como ejemplo de la capacidad del indio salvaje americano para asimilarse a la “civilización” y las costumbres europeas. La supresión de estos episodios claves y además históricos revela la candencia y la actualidad del tema colonial lejano ante el público

²¹ Ver Josefina Ludmer, El cuerpo del delito: Un manual (Buenos Aires: Perfil), 1999.

²² Willam M.S. Rasmussen and Robert S. Tilton, Pocahontas: Her Life & Legend (Richmond, VA: Virginia Historical Society, 1994), 49-51.

estadounidense--irónicamente un público estadounidense múltiple y multicultural, cuyas diversas manifestaciones pueden armonizar más con la bella indígena que con John Smith, el “Almirante de la Nueva Inglaterra”. La versión disneyana de la historia norteamericana mantiene su carácter racialmente prístino y así confirma, de modo inverso, lo central del cruce de las dos culturas: las mezclas étnicas y raciales que aquí brillan por su ausencia.

La película de Disney no sólo revela cuáles son los asuntos claves del legado colonial—conquista, expansión territorial, devastación ecológica y humana, cautiverios, conversiones, y sobre todo mestizaje—sino también marca el modo de operar de las nuevas ficciones y falsificaciones históricas sobre la historia, produciendo reescrituras y correcciones, enmiendas y tachaduras. Estas nuevas ficciones que acabamos de revisar tienen un valor doble para los estudios coloniales: en primer lugar, destacan la importancia del pasado y por consiguiente la pertinencia (aunque para un público restringido) de las investigaciones coloniales y, en segundo lugar, nos ayudan a leer la colonia de otro modo.

Es decir, en la medida en que la vida intelectual progresa cuando se formulan nuevas preguntas sobre los objetos de estudio, las reformulaciones ficticias del pasado animan nuevas reflexiones e identifican nuevas problemáticas que merecen ser trabajadas. Una subjetividad tal como la muestra la literatura colonial reescrita en un texto del siglo XX nos llama la atención porque es imposible esa reescritura en un texto de la época lejana. Una de las razones es que se trata de diferentes pactos de lectura. Este tipo de indagación se produce por el vaivén de nuestras miradas entre el pasado y el presente. Irónicamente, los relatos que pertenecen a otros ámbitos y registros son excelentes herramientas teóricas para reflexionar sobre las relaciones entre imperio, cultura y lengua.

De ahí la vitalidad actual de los estudios coloniales. Cierro esta reflexión insistiendo una vez más en el núcleo de lo que he tratado de sugerir: la ventaja de indagar en ficciones y falsificaciones que pertenecen a los mundos americanos es que nos permite teorizar sobre los colonialismos culturales no sólo desde la India y la Asia (donde, en otra época, se había encontrado imaginariamente Colón) sino desde las islas y la tierra firme de las Américas adonde el marinero genovés, como forastero, realmente llegó.